

dor, luego que las tiene á tiro, detiene el caballo y dispara con toda seguridad. Pero no debe estrechar mucho la distancia, sino tirar de tan lejos como le permita el alcance de su arma si no quiere que se le escapen, ahuyentadas á pesar de su disimulo.

Finalmente, en el invierno, cuando la tierra está cubierta de nieve, se buscan los parajes en que una corriente de agua deje un poco de verdura á descubierto, y se observa si estos pájaros frecuentan el sitio, lo que sucede ordinariamente. A tiro de escopeta, se hace luego en tierra un hoyo bastante capaz y se mete dentro el cazador, cubriéndose con un armazón de ramas y una sábana sobrepuesta ú otro cualquier trapo blanco. De este modo se espera en acecho la caza. Debe cuidarse que el armazón no se levante mucho sobre el nivel del suelo, ahondando para ello más el hoyo, en cuyo fondo se echará una capa de paja para garantir los pies de la humedad.»

VI

«Digamos, bien que brevemente, algo de la caza menuda; recreo, por regla general, del modesto cazador.

Comprendemos bajo la denominación de este epígrafe el mirlo, el zorzal, la alondra, el hortelano y otra multitud de pajarillos, que estiman mucho los aficionados. Generalmente esta caza no vale la pólvora que en ella se gasta, y por eso se emplea más bien el artificio. Hecha de este modo, esta caza es tan divertida como provechosa.

La caza con escopeta, única de que aquí nos ocupamos, es menos destructiva que la de artificio, y bajo este punto de vista se coloca el legislador para proscribir justamente todos los armadijos ó trampas, que en mano de los ignorantes despojarían el país de pájaros útiles á la agricultura.

Regla general: todo cazador digno de este nombre desdeña los pájaros que no son buenos para el plato, pues son incansables destructores de las orugas, de las langostas, de las hormigas, de los gusanos, de todos los insectos nocivos á las plantas; prestando así un gran servicio al agricultor, al jardinero y á todos los aficionados á la belleza del campo.

La caza de pájaros menores necesita el empleo de ciertos armadijos inútiles para la caza propiamente dicha. El cazador debe ser diestro en el reclamo; ha de meterse en un hoyo de un metro de profundidad, que

lo oculte á la vista de los pájaros, ó entre un matorral cerca de un árbol despojado de hojas, ó que tenga pocas y menudas, de modo que al posarse en él queden los pájaros descubiertos. También puede servir de la cabaña portátil en los parajes descubiertos en que no haya á mano ningún escondrijo.

La caza al reclamo está basada en la antipatía natural que todos los pajarillos tienen á las aves de rapiña. Para imitar el grito del mochuelo ó del buho, hay un pito artificial que puede suplirse con una hoja de árbol; y para imitar el grito de alarma que dan los pajarillos para reunirse cuando oyen el de un ave de presa, hay otro instrumento que puede también suplirse por medio tan sencillo.

Figúrese el lector el partido que puede sacar de esta caza quien tiene el poder de reunir los pájaros en un punto.

Pasemos ahora á tratar particularmente de cada especie de esta menuda caza.»

VII

«El mirlo tiene el plumaje negro ó negruzco, y ama la soledad, donde vive á lo más con otro haciendo par-

Aunque salvaje, se acostumbra fácilmente á la esclavitud. Es astuto, desconfiado é inquieto, y no deja aproximarse al cazador á tiro de escopeta.

Estos pájaros se alimentan de insectos, de bayas, de uvas y otros frutos, que vienen á buscar en el invierno hasta á los jardines de las ciudades. Entran en celo muy temprano, y no es raro encontrar ya volantes en los primeros días de mayo. Hacen dos ó tres posturas al año, y anidan en los zarzales y chaparros, á poca altura, ó en los troncos carcomidos de los árboles desmochados.

El medio de matar muchos mirlos es apostarse en acecho en el tiempo de las cerezas. Se busca al intento un cerezo silvestre á las inmediaciones de un bosque poblado de mirlos, y se hace un puesto de matas si no hay naturalmente ningún escondrijo donde apostarse. Cuando las cerezas comienzan á madurar, se va, antes de amanecer, al puesto: á la aurora se les ve aproximarse; al romper el día los machos comienzan á poblar el árbol; y á eso de las ocho acuden las hembras siguiendo á unos y otras los mirlos nuevos, por manera que á las nueve puede haberse hecho bastante carne, que es muy regalada para muchos.

VIII

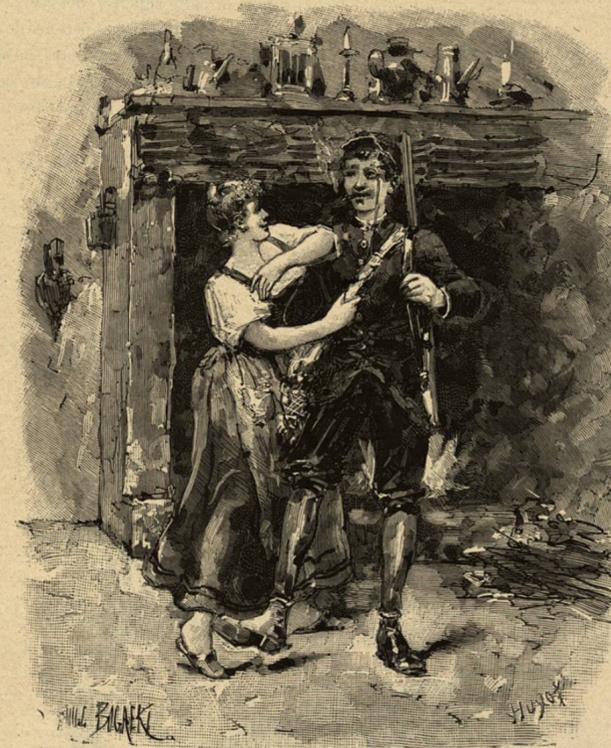
La alondra ó cogujada es un pájaro harto conocido para que nos detengamos en hacer su descripción.

Durante la primavera las alondras viven dispersas en el campo; pero así que los fríos se dejan sentir se reúnen en grandes bandadas y viajan, dejando las mon-

tañas para bajar á los llanos, donde encuentran más fácilmente su pasto.

Cuando vuelven los días templados se dispersan otra vez en los sembrados, donde la hembra hace entre dos terrones su nido, poniendo en él cuatro ó cinco huevos parduscos con pintas morenas.

Desde setiembre hasta fines de invierno, y aun á



Un peligroso auxiliar

principios de la primavera, puede hacerse ventajosamente la caza de la alondra, sobre todo cuando la tierra está cubierta de nieve. Las horas más á propósito son por la mañana y la tarde, con el sol y la escarcha.

Para traer á la alondra á buen alcance, se ha inventado un instrumento más eficaz que todos los reclamos, y que debemos recomendar, pues lo hemos probado con el mejor éxito. Este instrumento se vende hecho bajo el nombre de *espejo de alondras*, y puede hacerse

fácilmente, pues de cualquier manera sirve como refleje y agite los rayos de sol.

Es un pedazo de madera incrustado de pedazos de espejo, dispuesto de tal manera que pueda moverse continuamente por medio de un hilo bramante cuyo extremo libre vaya á parar á la mano ó al pie del cazador.

Manejando este hilo á tira y afloja con un movimiento regular y constante, se mueve sin cesar el instrumento descrito, cuyos espejos reflejan los rayos solares

de un modo fascinador. Este fenómeno ejerce cierta influencia atractiva sobre estos pájaros, los cuales acuden y divagan alrededor, pudiendo entonces tirárseles sobre seguro.

Hay muchas variedades de alondras, que pudiéramos describir si fuera este un tratado de zoología. Dado el tipo y el método de caza, no es necesario detenernos en nimiedades.

IX

El hortelano es un pájaro famoso por la delicadeza de su carne. Sin embargo, como se le ha confundido

con otras especies que en ciertos países llevan el mismo nombre vulgar, hemos de hacer de él una descripción detallada.

El hortelano ó verdaula tiene unos 18 centímetros de longitud; el cuello y la cabeza de color de ceniza aceitunado; el coforno de los ojos y de la garganta amarillento; la pechuga, el vientre, los costados y las plumas interiores de la cola, de un rojo mosqueado; la parte superior del cuerpo, castaño oscuro uniforme; las cubiertas superiores de las alas, variadas de moreno y rojo, las inferiores, de amarillo azufrado; las plumas de la cola negruzcas con bordes rojos y blancos; el pico y los pies amarillentos (1).»

(1) *Manual del cazador*, de Renard.—V. de V.

FIN DEL TOMO TERCERO



ÍNDICE DEL TOMO III

DE LA

MONTERIA DE VENADOS

Y

CAZA MENOR

	Páginas		Páginas
CAPITULO PRIMERO		CAPITULO VI	
El ciervo es el embeleso de los bosques y florestas.	5	La caza del venado.. . . .	51
CAPITULO II		CAPITULO VII	
La brama entre los venados.. . . .	17	Los venados en América y en el Japón.	57
CAPITULO III		CAPITULO VIII	
Los celos entre los ciervos.	25	Narraciones venatorias.	65
CAPITULO IV		CAPITULO IX	
Las huellas de los venados.	31	Caza del venado á la carrera.	83
CAPITULO V		CAPITULO X	
Ciervos ó venados.	41	Caza del alce y el corzo.	89

	Páginas		Páginas
CAPITULO XI		CAPITULO XXIV	
La corza blanca.	95	Las cacerías del rey D. Alfonso XII, en los picos de Europa y en Liébana.	225
CAPITULO XII		CAPITULO XXV	
Caza de la gamuza.	109	La caza de aves de rapaña.	241
CAPITULO XIII		CAPITULO XXVI	
La caza del jabalí.	121	Caza de la becada y becacina.	251
CAPITULO XIV		CAPITULO XXVI (2.ª parte)	
Crónica venatoria.	137	La caza del Faisán.	259
CAPITULO XV		CAPITULO XXVII	
Excursión venatoria en Marruecos.	149	La caza de aves acuáticas.	267
CAPITULO XVI		CAPITULO XXVIII	
Caza del jabalí en la antigüedad.	155	La Albufera de Valencia.	277
CAPITULO XVII		CAPITULO XXIX	
Montería de jabalíes.	161	Las charcas de Daimiel.	293
CAPITULO XVIII		CAPITULO XXX	
Caza de la liebre y del conejo.	169	La caza de la perdiz.	309
Generalidades sobre la liebre.	169	CAPITULO XXXI	
CAPITULO XIX		CAPITULO XXXII	
La liebre retratada por los naturalistas.	173	La perdiz, según los cazadores naturalistas.	323
CAPITULO XX		CAPITULO XXXIII	
Caza de la liebre.	181	La caza del pájaro mosca, y de las golondrinas.	333
CAPITULO XXI		CAPITULO XXXIV	
El conejo descrito por los cazadores.	193	La caza de la codorniz; tordo, alondra, ganga, ortega, avutarda y caza menuda.	349
CAPITULO XXII			
El conejo descrito por los naturalistas.	199		
CAPITULO XXIII			
Cuentos de caza sobre la liebre y el conejo.	211		

PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

	Páginas		Páginas
Portada.	5	Caza de conejos con aves de rapaña.	197
Partida de caza, cuadro de <i>Estéban Blasco</i>	28	Rose of Devon Laverrach Setter.	200
Una gentil venadora, por <i>L. Roca</i>	40	La caza con hurón, por <i>A. Bodmer</i>	213
Gordón Setter.	44	Una cacería en África.	241
La caza de ballestería.	49	La reina de las aves.	249
Victor Manuel indultando un gamo fugitivo, en el Mediterráneo.	57	Las becadas; por <i>Mealle</i>	257
¡¡Victoria!! por <i>Pahissa</i>	65	Disputa de rivales; por <i>Bellecroix</i>	269
Gamos en la espesura.	81	Aves y campanulas.	273
Próximo al nido; por <i>Riudevets</i>	137	Una familia de zancudas; por <i>Kroner</i>	277
Joke Laverrach Setter.	153	Los grandes pescadores.	285
Shakespeare, cazador furtivo; cuadro de <i>Julio Schrader</i>	157	Entrada de las chochas.	293
Los kanguros.	177	Garza real; por <i>Kroner</i>	317
El cazador furtivo; original de <i>J. Luis Pellicer</i>	189	Gorjeo de pájaros; por <i>Bigatti</i>	332
		Caza menuda; por <i>Pahissa</i>	337

